

823
D.

PR 4562
.A67
S6
V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico de la CASA EDITORIAL MAUCCI



TOMO II

CAPITULO XXXV

Lo que había leído el señor Pancks en la mano de la niña Dórrit

(CONTINUACIÓN)

Aquella excursión á través de miserables calles, sobre las cuales parecía elevarse en una atmósfera de riqueza y grandiosidad, fué para la niña Dórrit algo fantástico. Cuando Arturo le dijo que muy en breve podría viajar en su propio coche por parajes más risueños, olvidando sus pasadas penas, la joven tuvo casi miedo; pero al hacerle presente que su padre sería un gran personaje, copiosas lágrimas de inocente orgullo inundaron el rostro de la costurera.

Llegados á la prisión, Chivery, que estaba de guardia, los invitó á entrar en su cuarto, y á primera vista pudo observar en sus facciones alguna novedad que le sorprendió mucho, tanto que no dejó de mirarlos mientras cruzaban el patio. Dos ó tres presos se volvieron también al verlos pasar; y poco después fueron á reunirse con Chivery para comunicarse sus observaciones. Muy pronto circuló el rumor de que el Padre de la Mariscalía iba á recobrar al fin su libertad, y en menos de cinco minutos la noticia llegó á lo más recóndito de la prisión.

La niña Dórrit abrió la puerta del cuarto de su padre sin llamar, y entró con Arturo: el anciano Dórrit, con su bata gris y su gorro de terciopelo negro, leía su diario junto á la ventana; y al volver la cabeza, admirado sin duda de oír los

MONTREZ, MEXICO

pasos de su hija, á quien no esperaba á semejante hora, sorprendióle verla en compañía de Clennam, sobre todo al notar la singular expresión de sus facciones, que habían llamado antes la atención de Chivery. Sin levantarse ni hablar, dejó sobre la mesa el diario y los anteojos, y miró á su hija con la boca entreabierta. Cuando Arturo le tendió la mano, estrechóla menos ceremoniosamente que de costumbre, y volvióse luego hacia su hija, que acababa de tomar asiento á su lado, apoyando un brazo en su hombro.

—Padre—dijo la joven,—soy muy feliz esta mañana.

—¡Que eres muy feliz, dices!

—Sí, padre... el señor Clennam me ha dado una noticia tan grata y sorprendente acerca de usted, que si no me hubiera preparado á oirla, con su dulzura y bondad acostumbradas, creo que me habría sucedido algo.

Y como la joven no pudiese contener sus lágrimas, el anciano apoyó una mano sobre su corazón, mirando á Clennam de hito en hito.

—Cálmese usted, caballero—dijo Arturo,—y reflexione un poco. Piense usted en los más felices accidentes de esta vida, en las alegres sorpresas; raras son, pero aún pueden darse.

—Señor Clennam, ¿qué significa eso, de que aún pueden darse?... ¿Habría, por ventura, alguna para... mí?

—Sí—contestó Arturo.

—¿Qué sorpresa...?—preguntó el anciano, con la mano izquierda apoyada sobre el corazón, y deteniéndose en medio de la frase para colocar los anteojos de plano sobre la mesa.

—¿Qué sorpresa puede reservarme la suerte?

—Permítame usted contestar á su pregunta haciéndole otra. Dígame usted, señor Dórrit, ¿cuál sería la sorpresa más inesperada y agradable que pudiera esperar? No tema emitir francamente su opinión.

El decano miró á Clennam fijamente, y levantando la mano que contenía los latidos de su corazón, señaló el muro de la cárcel, en cuya parte superior brillaban las puntas de hierro iluminadas por el sol.

—¡Ya no existe—dijo Clennam,—ha caído!

El anciano conservó algún tiempo la misma actitud, siempre con la vista fija en Arturo.

—Y en lugar de ese muro—continuó Clennam con voz lenta y muy clara,—tendrá usted los medios de disfrutar sin restricción de la libertad de que tanto tiempo se le ha privado. Señor Dórrit, no queda la menor duda de que dentro de al-

gunos días será usted libre y rico, y me apresuro á felicitarle de todo corazón por este cambio de fortuna, y por el feliz porvenir que en breve podrá ofrecer al tesoro que ha tenido usted consigo durante su permanencia en este lugar... la mejor de todas las riquezas que el cielo haya podido concederle... ese tesoro que se halla á su lado en este momento.

Al pronunciar estas palabras, Clennam estrechó la mano del decano; mientras que la niña Dórrit le rodeaba con sus brazos en la hora de la prosperidad, como le había rodeado durante largos años de cautiverio con su amor sincero, fiel y desinteresado.

—Le veré como nunca le había visto aún—decía la niña Dórrit,—sin esa nube que siempre se elevaba ante él; le veré como mi madre le vió hace mucho tiempo. ¡Oh, padre mío, querido padre! ¡Dios sea loado, Dios sea loado!

El anciano se dejó acariciar, pero sin corresponder á las muestras de cariño, ni pronunciar una palabra; su mirada fijábase tan pronto en Clennam como en su hija, y en seguida comenzó á temblar como si tiritase. Arturo dijo á la niña Dórrit que iba al café á buscar una botella de vino, como así lo hizo inmediatamente. Mientras que el mozo bajaba á la bodega, varios presos formaron un grupo muy animado á la puerta del café y todos quisieron enterarse de lo que ocurría. Clennam les dijo en pocas palabras que el señor Dórrit había heredado una gran fortuna.

Cuando Arturo volvió con la botella de vino, la niña Dórrit, después de haber invitado á su padre á sentarse en el sofá, ocupábase en quitarle la corbata y desabrochar el cuello de su camisa. Clennam llenó de vino el vaso más grande que allí había y acercóle á los labios del anciano, que después de beber un poco, lo apuró de un trago; luego se recostó en el canapé y comenzó á llorar ocultando el rostro en su pañuelo.

Transcurrido un rato, Clennam pensó que sería conveniente distraer al decano de su primera sorpresa, refiriéndole los detalles del negocio; explicóselos pues lo mejor que pudo, con la mayor calma, y llamó principalmente la atención del anciano sobre la naturaleza de los servicios prestados por Pancks.

—¡Ah!—exclamó el señor Dórrit, levantándose bruscamente y paseando de un lado á otro con cierta agitación,—se le recompensará generosamente, caballero, como á todos aquellos que hayan intervenido en el negocio. No quiero, señor Clennam, que nadie tenga derecho para decir que olvidé lo

que le debía; también me complaceré muy particularmente en reintegrar los... ¡hem!... los adelantos que usted ha tenido á bien hacerme; y asimismo deseo saber qué le debe mi hijo.

No había motivo ninguno para pasearse por la habitación, y sin embargo, Dórrit no podía estar quieto en ningún sitio.

—A nadie se olvidará—continuó;—no dejaré aquí sin reintegrar ni un solo céntimo. Todos los que han... ¡hem!... que se han conducido **bien conmigo** y con mi familia serán recompensados; Chivery, el joven Juan... todos, en fin. Mi deseo y mi intención, señor Clennam, es proceder con la mayor munificencia.

—¿Quiere usted permitirme, señor Dórrit—dijo Arturo,—atender á los gastos más urgentes? He creído de mi deber traerle cierta suma al efecto.

—Gracias, amigo mío, gracias; acepto con el mayor gusto en este instante un favor que mi conciencia me hubiera impedido solicitar hace una hora; y le agradezco este adelanto provisional, pero muy oportuno.

Y oprimiendo el dinero que acababa de recibir, añadió:

—Tendrá usted la bondad, señor Clennam, de agregar esta suma á los adelantos anteriores, cuidando de no olvidar los que se han hecho á mi hijo. Bastará que usted me indique verbalmente... ¡hem!... el total de la suma.

En aquel instante, su mirada se fijó en la niña Dórrit; detúvose para abrazarla y le dijo:

—Será necesario que busques una modista, hija mía, para cambiar tu traje, que es sumamente... sencillo. También se ha de pensar en Maggy, cuya ropa apenas es... ¡hem!... presentable. ¿Y tu hermana, Amy, y tu hermano, y tu tío?... ¡Pobre Federico! espero que esta noticia le sacará de su entorpecimiento... hemos de mandarles recado á todos; pero con vendrá proceder con mucho tacto para darles á conocer nuestra nueva posición, y no se debe perder un minuto. Desde este instante nos debemos á nosotros mismos, y es preciso evitar... ¡hem!... ¡que hagan cualquier tontería!

Era la primera vez que el decano daba á entender que no ignoraba que su familia debía trabajar para vivir.

El anciano iba á continuar su paseo por la habitación, cuando de pronto resonaron ruidosos «vivas» en el patio, debajo de la ventana.

—La noticia ha circulado ya—dijo Clennam, asomándose.—¿Quiere usted dejarse ver, señor Dórrit? Su alegría me parece sincera, y es evidente que desean saludarle.

—Confieso... ¡hem!... confieso, mi querida Amy—repuso el decano, paseándose con más agitación que antes,—que hubiera deseado tener tiempo para arreglarme un poco y comprar... ¡hem!... un reloj y una cadena; pero ya que es necesario presentarse así, no vacilaré. Abróchame el botón del cuello, hija mía; y usted, señor Clennam, tenga la bondad de darme mi corbata azul, que está en el primer cajón.

Con mano temblorosa, el anciano arregló su encanecido cabello, y apoyándose en Clennam y su hija, presentóse en la ventana. Los presos le saludaron con una aclamación sumamente cordial, y el señor Dórrit les contestó con ademanes cariñosos, á la vez que con la mayor urbanidad y cierto aire protector. Cuando se retiró, murmuraba con acento compasivo:

—¡Pobres diablos!

La niña Dórrit deseaba mucho que su padre descansara un poco para calmar su agitación; pero cuando Arturo le dijo que iba á buscar á Pancks para avisarle que se podría presentar cuando le conviniese á fin de proceder á las últimas formalidades, rogóle en voz baja que no la dejase sola hasta que su padre estuviese más tranquilo.

La niña Dórrit arregló la cama é invitó á su padre á descansar un rato; pero durante media hora, el anciano continuó su paseo, haciendo mil suposiciones sobre si el director de la prisión permitiría á los presos asomarse á las ventanas de su residencia oficial, que daban á la calle, para ver al decano y su familia salir de la prisión en coche. Dórrit pensaba que sería un espectáculo que no debía olvidarse en mucho tiempo.

Sin embargo, poco á poco se cansó y echóse en la cama.

La niña Dórrit fué á sentarse junto á la cabecera; y ya creía que iba á dormir, cuando le vió levantarse de pronto, siempre con su dinero en la mano.

—Señor Clennam—dijo,—¿no me ha dado usted á entender que podría ya salir... ¡hem!... para ir á pasear?

—No lo créo, porque aún se deben llenar ciertas formalidades, por más que su permanencia aquí sea sólo transitoria.

Al oír esto, el anciano comenzó á llorar de nuevo.

—Pero sólo es cuestión de algunas horas—añadió Clennam para consolarle.

—¡Algunas horas!—replicó el decano, con repentina cólera;—lo dice usted con mucha calma, caballero. ¿Sabe usted lo que es una hora para el hombre que se ahoga por falta de aire?

Esta fué su última demostración, pues le embargó el sueño. La niña Dórrit, después de besar la frente de su padre, volvióse hacia Arturo, y díjole en voz baja:

—Señor Clennam, ¿cree usted que mi padre pagará todas sus deudas antes de salir de aquí?

—Seguramente.

Y como la mirada de la niña Dórrit revelase alguna duda y desconfianza, Arturo le preguntó con asombro:

—¿Llevaría usted á mal, acaso, que pagase sus deudas?

—¿Y usted?

—Yo me alegraría muchísimo.

—Entonces ya sé que no debo estar enojada.

—¿Por qué había usted de estarlo?

—Me parece muy duro que mi padre, después de estar encerrado tantos años, después de tanto sufrir, deba satisfacer sus deudas; me parece muy duro que pague primero con su persona y después con su bolsa.

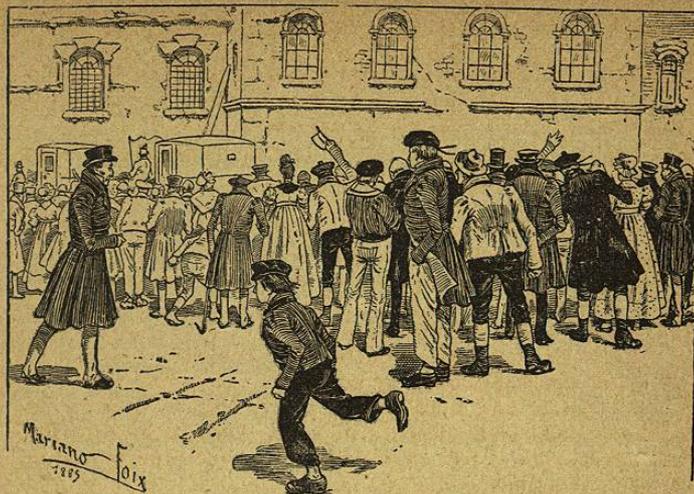
—¡Hija mía!...

—Sí, ya sé que no tengo razón—interrumpió tímidamente la joven;—pero no me juzgue usted demasiado severamente, porque esta es una idea que ha crecido conmigo aquí.

La prisión, que malea tantas cosas, no había podido demoralizar más que en esto el espíritu de la niña Dórrit. Este error, engendrado por la compasión que le inspiraba el pobre preso, era la primera mancilla que la atmósfera de la cárcel había impreso en el alma pura é inocente de la joven: fué la primera mancha que Clennam descubrió en ella, pero también la última.

Arturo lo pensó así, pero abstúvose de hablar una palabra más sobre el asunto: á sus ojos, esta mancha realizaba más aun la pureza y bondad de la joven.

Agobiada también por sus propias emociones, y bajo la influencia del silencio que reinaba en aquella habitación, la niña Dórrit reclinó su cabeza sobre la almohada junto á la de su padre y quedó dormida. Clennam, levantándose silenciosamente, abrió la puerta, cerróla sin ruido y salió de la prisión, llevando consigo el recuerdo de aquella escena.



CAPITULO XXXVI

La Mariscalía queda huérfana

Finalmente llegamos al día en que el señor Dórrit y su familia deben salir de la prisión, despidiéndose para siempre de aquellos patios que tantas veces habían recorrido.

Aunque el intervalo que debió transcurrir antes de esta solemnidad fuese muy corto, parecióle sumamente largo al Padre de la Mariscalía, que se quejó vivamente al señor Rugg de aquella dilación; mostróse con él por demás altivo, y hasta le amenazó con valerse de otro agente de negocios; díjole también que no debía tratarle como preso; que esperaba cumplierse con su obligación cuanto antes; y que de ningún modo se dejaría imponer.

El señor Dórrit no se manifestó menos severo con el director de la prisión, con quien no había tenido la menor contestación durante largos años: este funcionario, después de felicitarle, ofrecióle dos habitaciones de su domicilio particular hasta el día en que saliese de la cárcel; el decano contestó que lo reflexionaría; pero poco después le escribió una

carta muy irónica, diciéndole que era la primera vez que tenía el honor de recibir una felicitación del director (esto era verdad, pero no lo era menos que jamás había habido motivo para felicitarle,) y que en su nombre y el de su familia, creía deber rehusar la oferta, dándole sin embargo las gracias por tan desinteresada cortesía.

Federico Dórrit se interesaba tan poco en aquel cambio de fortuna, que hubiérase podido creer que no lo comprendía, lo cual no impidió que su hermano le hiciera medir por el sastre, el camisero, el zapatero, el sombrerero, y todos los industriales convocados para vestir á la familia. En cuanto á la señorita Fanny y á Tip, no era menester violencia alguna para inducirlos á ser elegantes: habitaban provisionalmente con su tío el mejor hotel de la vecindad; Tip alquiló un cabriolé con su lacayo, el cual estaba dos ó tres horas todos los días delante de la cárcel; y Fanny contrató por su parte una berlina, y compró elegantes sombreros para dar rabieta á las hijas del director de la prisión, que no podían gastarlos de tanto precio.

En el corto período que precedió á la salida de la cárcel se despacharon muchos asuntos. Entre otras cosas, los abogados Peddle y Pool recibieron de su cliente Eduardo Dórrit (antes Tip,) el encargo de enviar al señor Clennam una carta de pago de veinticuatro libras esterlinas, nueve chelines y ocho peniques, suma que representaba el capital é interés (al 5 por ciento,) de la cantidad que el joven creía deber á dicho señor Clennam, á quien los abogados manifestaron, en cumplimiento de lo prevenido por su cliente, que no se le había pedido la suma reembolsada, la cual se habría rehusado si la hubiesen ofrecido directamente á Eduardo Dórrit.

El ex-decano, por su parte, había tenido que despachar muchos negocios dentro de la prisión, por haberle dirigido sus *hijos* numerosas peticiones en demanda de diversas sumas. El Padre de la Mariscalía las satisfizo todas con mucha prodigalidad, pero no sin gran ceremonia; comenzó por dirigir á los peticionarios una carta de audiencia indicándoles la hora á que debían presentarse; recibíalos con mucha gravedad, y acompañaba sus regalos (pues á todos les advertía que aquello no era un préstamo,) con una infinidad de buenos consejos.

Los detenidos en la prisión, ninguno de los cuales manifestaba una mezquina envidia, pues á decir verdad profesaban tradicional respeto al Padre de la Mariscalía, acordaron y votaron un informe de felicitación al decano, informe que le fué

presentado en un cuadro; pero este documento no figuró después en la galería de Dórrit ni en los archivos de la familia. El decano, sin embargo, redactó una contestación de las más afables, aunque con regia solemnidad, diciendo á los presos que estaba convencido de que su afecto era sincero, y exhortándolos en términos generales á seguir su ejemplo. (Seguro es que todos hubieran querido hacerlo, sobre todo en lo tocante á heredar una gran fortuna.) El decano aprovechó esta ocasión para invitar á la comunidad á un banquete de despedida, que debía servirse en el patio; pero no asistió personalmente para hacer los honores, porque la comida debía darse á las dos de la tarde y el señor Dórrit recibía la suya de la fonda á las seis. Su hijo tuvo no obstante la bondad de presidir la mesa principal é hizo lo con mucha cortesía; mientras que su padre limitábase á circular entre los convidados, dignándose reconocer á varios de ellos é inspeccionar la calidad de los manjares. Guillermo Dórrit parecía, en fin, un poderoso barón de la antigua época en un momento de buen humor.

Todo esto no era más que la aurora del día de la marcha, del día en que el señor Dórrit y su familia debían abandonar para siempre la prisión que tantos años habitaran.

La hora de las doce era la fijada para el gran acontecimiento; á medida que se aproximaba, todos los presos y los carceleros iban presentándose, sin que faltara uno solo; unos y otros habían querido engalanarse con su traje del día de fiesta; y hasta se llegó á enarbolar una bandera. En cuanto al señor Dórrit, en aquel momento conservó una dignidad grave, pero afectuosa, fijándose principalmente su atención en su hermano, cuyo aspecto le inquietaba un poco.

—Querido Federico—le dijo,—si quieres darme el brazo cruzaremos entre nuestros amigos; creo que sería conveniente salir así, amigo mío.

—¡Ah! sí, sí, sí—contestó Federico.

—Y si pudieses, amigo mío... si pudieses, sin molestarte mucho, andar con un poco más de... dispénsame la franqueza... de distinción...

—¡Ah! Guillermo—replicó el hermano encogiéndose de hombros,—eso se queda para ti; yo he olvidado todo eso, absolutamente todo.

—Pero, amigo mío, precisamente por esto debes salir de tu entorpecimiento habitual, recordando lo que olvidaste, quiero decir tu posición.

—¡Mi posición!—repitió Federico con la vista fija en su hermano y dejando escapar un suspiro;—¡ah! ¡sí, sí! Es justo.

—Tu nueva posición, amigo mío, no es de despreciar, y yo sé que te harás digno de ella.

—Guillermo—contestó el otro con afabilidad,—haré todo cuanto quieras, hermano mío, pero no me pidas lo imposible, pues ya sabes que mis medios son limitados.

—Vamos, amigo mío, no quiero molestarte por tan poca cosa.

—Moléstame cuanto quieras, Guillermo; ya sabes que mi mayor gusto es complacerte.

—Pues bien, querido hermano, sólo te pediré que al salir de la prisión aparentes comprender que este día es un gran día para ti... y que pienses un poco...

—¿En qué he de pensar, hermano mío?

—No sé qué contestarte; sólo te diré que al salir de aquí me preguntaré con una mezcla de emociones diversas y poseído de sincera piedad, qué será de esos infelices presos cuando me vaya.

—Bueno—repuso el hermano,—yo me preguntaré también qué va á ser de esos pobres sin ti.

A medio día se anunció que el coche del señor Dórrit estaba ya en el primer patio, y los dos hermanos bajaron dándose el brazo; detrás iba Eduardo y Fanny y cerraban la marcha Plornish y Maggy, llevando varios paquetes que debía conducir un carretón.

En el patio hallábanse reunidos los presos y los carceleros; también estaban allí los señores Rugg y Pancks, que habían querido presenciar el desenlace de su obra, el joven Juan, dispuesto, al parecer, á redactar un nuevo epitafio, y el patriarca Casby, siempre con su expresión benévola.

La pequeña procesión, con los dos hermanos á la cabeza, avanzó lentamente hacia la puerta de salida; el señor Dórrit iba muy preocupado por la cuestión de saber qué sería de aquellos pobres diablos cuando él faltase, y mostrábase algo triste; mas no dejó por eso de dar pruebas de cariño con aire majestuoso á los que habían sido hasta entonces sus compañeros de cautividad, á quienes parecía decir con su mirada: «¡No te dejes abatir, oh pueblo mío! ¡Soporta con valor tan ruda prueba!»

Por fin, tres ruidosos *vivas* anunciaron que el decano había franqueado el umbral de la prisión y que la Mariscalía quedaba huérfana. Aun no se habían extinguido en el patio los

ecos despertados por las ruidosas aclamaciones, cuando ya la familia ocupaba su coche provisional.

Sólo entonces Fanny exclamó de repente:

—¡Bondad divina! ¿Dónde está Amy?

Todos habían esperado verla deslizarse silenciosamente hasta su sitio en el momento oportuno, pero no se presentó.

Ya se había perdido un minuto en comentar el hecho, cuando Fanny, que desde su asiento podía explorar con la vista el largo corredor que conducía á la portería, exclamó con acento indignado:

—Verdaderamente, papá, eso es vergonzoso, eso nos deshonra.

—¿Qué dices, Fanny?

—Lo repito, eso es infame... en un día como este... ¡es cosa de morir de vergüenza! ¡Ahí tiene usted á Amy con su vestido viejo y roto, del cual parece tener empeño en no desprenderse nunca; cien veces le supliqué que lo dejase, y siempre se opuso, diciendo que no se pondría otro hasta hoy... ¡Vaya! ahí tiene usted á la niña Amy, que nos deshonra en el último momento, y que por añadidura se hace acompañar de ese señor Clennam!

No había medio de negar el crimen; en el acto de formular Fanny la acusación, Clennam llegaba hasta la portezuela del coche, llevando en brazos á la niña Dórrit desvanecida.

—La dejaron olvidada—dijo Arturo con tono compasivo, que no excluía la reprensión;—he corrido á su cuarto y he visto la puerta entornada; la pobre niña estaba desvanecida y sin duda perdería el conocimiento al cambiar de vestido, ó bien se asustó al oír las aclamaciones de esa buena gente. Cállese usted esa pequeña mano, señorita Fanny, y no la deje caer así.

—Gracias, caballero—replicó la bailarina vertiendo copiosas lágrimas;—creo que sé lo que debo hacer, si usted me lo permite... ¡Hija mía, abre los ojos, te lo ruego!... ¡Amy, Amy, si supieras qué avergonzada estoy de mí misma. Vuelve en tí, querida mía... Pero, ¿por qué no marchamos?... Papá, se lo suplico, dé usted la orden.

Hízolo así el señor Dórrit, y un momento después el coche desaparecía rápidamente.